

Piratas de Ayer y Hoy

Las primeras noticias de los piratas, corsarios y bucaneros en Magallanes llegan de la época de Cavendish, de Sharp, de Cordes o de Drake que, motivados por el oro inca, hicieron su paso por nuestra región rumbo al norte. A ellos se les dio patente de corso para asaltar y capturar cuanta riqueza tuvieran a su alcance para que no llegue a manos del monarca español. Otros emprendieron sus propias travesías, cada una con sus propios resultados.

Ser pirata era sinónimo de arrojo, de falta de miramiento frente a las víctimas, de avaricia y de una moral difícil de calificar. Su poder o mando se sustentaba en el miedo que imponía, en la falta de reglas de vida o de reconocimiento de ley alguna, incluso la Ley Natural. En el oportunismo y el despotismo. Se mantenía con el séquito de lacayos que cuidaban sus espaldas. Sin duda esos eran los más peligrosos pues comprendían la línea de asesores ocultos, buscando, traicionando, denunciando y aplacando cualquier revuelta o motín.

¿Quién podría oponerse al que ejercía el poder? Al que lideraba los asaltos y abordajes, al que decidía sobre la vida de su gente y de los capturados. Al que decidía si terminaba su contrato o lo eliminaba arrojándolo a los tiburones o abandonándolo en una costa remota. Sus serviles acompañantes, como siempre, incluso hoy, se servían del horror para lograr mejores botines y, al momento de repartirlos, se quedaban con las mejores partes o, mejor aún, disminuyendo la tripulación para quedarse con una mejor parte.

Lo que pasaba en el buque quedaba en la complicidad del buque y poco se supo de esos desmadres.

La piratería de hoy en día no dista mucho de lo que hemos señalado. La avaricia por el poder inspira hacer todo lo que está en manos del que lo detenta o de sus asesores. Generar miedo o promesas imposibles. Borrar con el codo lo que se escribe con la mano. Burlar la ley o la voluntad de los tripulantes sometiéndolo a las reglas que al líder se le ocurran. Los asesores son los llamados a aconsejarle, pero lo hacen pensando en el espacio que tendrán que ocupar cuando el líder ya no esté. Desaparecerán para rearmarse. Los asesores nunca mueren, pues no se notan, no marcan pauta. Mientras el líder cae en el cadalso o es vapuleado por las redes sociales, los otros se ocultarán, pero

desaparecer hoy no es tan fácil, pues el miedo o el deshonor que han generado han marcado a la gente y siempre se les reconocerá.